

gion desde el siglo XVI. ¿Hace falta ahora explicar por qué no fué el campeón del catolicismo, por qué no se puso á la cabeza de la Reforma? Su mision era más alta. El catolicismo y el protestantismo no son despues de todo sino sectas más ó ménos estrechas, al paso que la Francia representa la humanidad. Si hubiera abrazado el partido del catolicismo, la Reforma hubiera concluido; los protestantes no hubieran podido luchar contra las fuerzas reunidas de la Francia y de la España, y con la Reforma hubiera perecido el libre pensamiento, que habia de ser la gloria de la raza francesa. La Francia salvó la Reforma, aunque sin abrazarla. No podia hacerse calvinista sin ser infiel á su vocacion. En el fondo profesaba la religion de Montaigne, iba más allá que Lutero y que Calvino. La gloria imperecedera de la Francia es el siglo XVIII y la Revolución; ahora bien, la Francia hugonote no hubiera dado á la humanidad ni el gran cosmopolitismo de los filósofos del siglo pasado, ni su odio legítimo contra un pasado que habia de desplomarse; la Francia hugonote no hubiera inspirado á la Asamblea Constituyente ni á la Convencion los decretos inmortales que proclaman, no los derechos del ciudadano ó del fiel, sino los derechos del hombre. Para prepararse á tan gloriosa mision se desgarró la Francia en el siglo XVI en las horribles guerras que los historiadores condenan como una mancha en sus anales. Vamos á decir á quien deben imputarse estos crímenes.

§ II.—Carácter de las guerras civiles.

I.

Las guerras civiles que ensangrentaron la Francia en el siglo XVI se encendieron en nombre de la religion; provocaron matanzas como no se han visto en ninguna parte, ni áun en la espantosa guerra de los treinta años; excitaron pasiones, mezcla singular de teocracia y de democracia. La Iglesia desempeña en ellas un triste papel; en nombre de la religion se cometieron los más espantosos asesinatos; en nombre de la religion los católicos fran-

ceses, olvidando el más natural y el más legítimo de los sentimientos, sacrificaron su patria á los intereses de Roma. Agobiada con esta herencia, la Iglesia quisiera borrar las manchas de sangre que la afean; quisiera mantener su reputacion de poder conservador comprometido por los actos revolucionarios de sus agentes en las guerras civiles de Francia. Segun sus defensores, aquellas guerras no eran guerras de religion; los calvinistas formaban un partido político, querian hacer de la Francia una república como la de Suiza y la de las Provincias Unidas, lo cual hubiera producido la disolucion de la unidad francesa. La guerra contra los hugonotes fué, pues, segun ellos, una lucha de la monarquía contra el espíritu aristocrático, republicano, una lucha por la unidad de la Francia. Los apologistas de la Iglesia añaden que no fué ella la que rompió las hostilidades, sino los sectarios; que éstos fueron tambien los primeros que llamaron al extranjero, faltando á todos sus deberes para con su rey y para con su patria (1).

Los católicos tienen hoy la pretension de renovar la ciencia histórica, alterada segun ellos por las preocupaciones de la filosofía y del protestantismo. ¿Cuál es el resultado de tan ambiciosa tentativa? Falsan lo pasado para acomodarlo á las miras interesadas de la Iglesia. No nos será difícil el restablecer la verdad; nos basta con atender á los testimonios contemporáneos, á los mismos que emanan de la Iglesia ó de su partido. En el siglo XVI las pasiones religiosas estaban vivas, y por lo mismo tenian una sinceridad que en nuestros dias han perdido. La Iglesia no ocultaba sus designios; queria la dominacion exclusiva, absoluta, sin consentir la menor disidencia, y lo decia. Para conseguir este fin supremo no vacilaba en apelar á la violencia, á la guerra, á la insurreccion contra los poderes establecidos; veia la mano de Dios hasta en los asesinatos que la libraban de sus adversarios. Por muchos esfuerzos que se hagan para desnaturalizar los hechos, los hechos existen, el trabajo mismo que se toman para alterarlos de-

(1) FALLOUX, *Historia de Pio V*, t. I, p. 225.—LACORDAIRE proclama á la Liga santa y gloriosa, porque ha salvado la nacionalidad de la Francia. (Sermon predicado en Nuestra Señora el 14 de Febrero de 1841, p. 12.)

pone contra la Iglesia; no se la puede defender más que falsificando la historia.

Que se hayan mezclado en Francia intereses ajenos á la lucha del catolicismo y de la Reforma, nadie lo ha puesto nunca en duda. *L'Hospital* dice que hubo más descontento que hugonotería. Los embajadores venecianos, cuyas relaciones tanto ilustran la historia moderna, reproducen la misma imputacion; dicen que los grandes se hicieron hugonotes para triunfar de sus enemigos, sirviéndose de la religion como de un medio (1). Esto no es más que la exageracion de un hecho verdadero; los hombres que se preocupan ante todo del interes político, los que no participaban del fanatismo de sus contemporáneos, debian ver principalmente móviles interesados en las guerras que desgarraban á la Francia (2). Pero la acusacion, generalizándola, se vuelve contra los acusadores. Para que los jefes del partido hugonote pudiesen explotar la religion, la religion debia ser un elemento poderoso de la vida del pueblo; y ¿cómo dudarle? ¿No fué una necesidad religiosa lo que dió nacimiento á la Reforma? ¿No fueron los reformados mártires de su fe? *L'Hospital* mismo, sorprendido del valor y de la serenidad con que iban á la muerte, dice que «se ve claramente en esto que aquellas gentes estaban resueltas y persuadidas de que profesaban una buena doctrina» (3). Cuando cansados de dejarse degollar acudieron á las armas, los animó tambien el mismo sentimiento religioso. El severo *La Noue* nos dirá qué espíritu reinaba en los ejércitos de los hugonotes: «Observé entonces cuatro ó cinco cosas notables. La primera es que entre toda aquella gente no se hubiera oido una blasfemia del nombre de Dios..... La segunda, que no se hubiera hallado entre ellos ni un juego de dados ni una baraja..... En tercer lugar, que no se admi-

(1) J. CORNARO y BARBARO, en la *Recopilacion de TOMMASEO*, Relaciones de los embajadores venecianos, t. II, p. 58, 114, C. ALBERI, *Relazioni*, II, 4, página 81.

(2) *Memorias del Duque de NEVERS*, P. 2.^a, p. 2: «Todo el mundo sabe perfectamente, si es que quiere saberlo, que todas las guerras que se han hecho desde el año 1560 hasta ahora, han sido emprendidas por los hugonotes y los católicos bajo el pretexto de la religion y del público, para que sirvan de velo á su ambicion desenfrerada.»

(3) *L'HOSPITAL*, *Obras*, t. I, p. 473.

tia á ninguna mujer de esas que generalmente no acuden á tales sitios sino para fomentar la disolucion..... Finalmente, por tarde y mañana, al renovarse las guardias, se hacia oracion pública, y el canto de los salmos resonaba en los aires, en cuyos actos se notaba la piedad de aquellos que no están acostumbrados á tener muchas guerras» (1). Las censuras que se dirigen á los hugonotes no recaen sobre las masas, sino solamente sobre los jefes. Y aún entre éstos á quienes se llama ambiciosos, encontramos un Coligny. Dejarémos la palabra á un contemporáneo, á un sacerdote católico para rendir homenaje á aquella alma tan elevada y tan pura: «Aparte del interes de la religion que le dominaba, dice *Le Laboureur*, y del cual no hay necesidad de hablar más que para deplorar su ceguedad y su desgracia, era uno de los más grandes hombres que ha producido nunca la Francia, y aún me atreveria á decir uno de los que más han amado á su patria.»

El federalismo de los hugonotes es una invencion católica que se refuta por sí misma, puesto que no está fundada en testimonio alguno. Los que les imputan el haber pactado con el extranjero, olvidan que la Reforma tenía un punto de vista político, y que precisamente lo que la caracteriza es un sentimiento muy vivo de la nacionalidad; así es que los jefes más eminentes del partido calvinista se distinguieron por su amor á la patria. Cuando en 1562 querian los hugonotes que se pidiera pronto y eficaz auxilio á los principes de Alemania, Coligny declaró que preferia morir á consentir que los reformados fuesen los primeros en hacer venir á Francia fuerzas extranjeras (2). Catalina de Médicis, deseando privar á los reformados del apoyo moral de la Inglaterra, despues de la horrible matanza de San Bartolomé, dijo al embajador de Isabel que Coligny habia aconsejado al rey que no confiase nunca en el poder de los Ingleses: «No era muy favorable á la Inglaterra, respondió el embajador, pero en esto se mostraba muy leal servidor de la corona de Francia» (3). Enrique IV es digno de ser citado al lado de Coligny; aún cuando su existencia depen-

(1) LA NOUE, *Discursos políticos y militares*, p. 523.

(2) DE BÉZE, *Historia eclesiástica*, t. II, p. 35.

(3) *Memorias de WALSINGHAM*, p. 285.

dió muchas veces de la alianza de los Ingleses, no consintió nunca en entregarles á Calais, á pesar de las apremiantes peticiones de Isabel. Cierto es que esta tendencia patriótica se veía á veces dominada por la comunidad de creencias; el espíritu religioso hace fácilmente abstracción de las fronteras políticas, y ve hermanos donde encuentra correligionarios. ¿Consideraremos como un crimen en los hugonotes, abrumados por el número, el haber pedido auxilio á los protestantes de Alemania y de Inglaterra? Esta es la primera manifestación, y la más legítima, del principio de intervención, que es en el fondo la doctrina de la solidaridad humana. En cuanto la lucha de las religiones se convirtió en una guerra, era natural que cada partido buscase sus aliados; no está en esto el crimen; el crimen ó extravío, si se quiere, empezó cuando la religión hizo olvidar la patria. Católicos y calvinistas recurrieron al extranjero; pero ¿quién llamó al extranjero á reinar en Francia? ¿Ofrecieron los hugonotes la corona á Isabel? ¿Se vendieron á Inglaterra los ministros hugonotes? Cosa singular y que prueba hasta dónde llega la ceguera de los defensores de la Iglesia; lo que echan en cara á los reformados son precisamente las faltas de su propio partido.

II.

Los católicos acusan á los hugonotes de haber querido desmembrar la Francia, estableciendo una especie de feudalismo republicano. Un manifiesto católico, aprobado por el legado del Papa, nos dirá cuáles eran los sentimientos de la Liga respecto de la unidad francesa: «Si la Francia, dice el autor (1), abandona la fe, deseo que tenga, no seis reyes, sino diez mil; deseo que cada ciudad, cada pueblo, tenga su reyezuelo.» Los ligeros hubieran sacrificado sin dificultad la unidad de la Francia para conservar la unidad de la fe. Escuchemos al patriota católico: «Aunque el reino sea de menor extensión que la que tiene, siem-

(1) *De justa reipublica christiana in reges impios auctoritate.* (LABITTE, *De la democracia de la Liga*, p. 299). El legado pontificio dijo que aquella obra expresaba las verdaderas opiniones de la Liga (*ib.*, p. 303).

pre que purgado de herejía y de ateísmo, puede hacer más bien á la república cristiana y á sí mismo, que el que haría con la corrupción presente, aún cuando fuese mayor que toda el Asia» (1). Cuando Enrique IV trató en 1592 de persuadir á los jefes de la Liga á que hiciesen la paz, éstos exigieron, como condición de su sumisión, el desmembramiento de la Francia; pidieron soberanías hereditarias. Esto sí que era un verdadero feudalismo; el rey no hubiese conservado nada, ni aún la Isla de Francia; hubiera sido más reyezuelo que Hugo Capeto (2).

Los católicos acusan á los Hugonotes de haber sido los primeros en solicitar el apoyo del extranjero. Pues bien, apenas comenzaron los disturbios, el clero francés se dirigió al rey católico por excelencia. Ya en el año 1561 tuvo relaciones con Felipe II; lo llamó á defender la libertad de la Iglesia y su integridad (3). No acriminaremos más á los católicos que á los protestantes por sus simpatías religiosas; pero ¿se contentaron los católicos con pedir auxilio al rey de España? El catolicismo debilita el sentimiento de la patria, cuando no lo destruye; la patria de los católicos está en el cielo ó en Roma; son ante todo sectarios: si los deberes del ciudadano entran en colisión con los deberes del fiel, no vacilan un momento en sacrificar los intereses humanos á lo que consideran como un deber respecto de Dios. ¿No se debe obedecer á Dios antes que á los hombres? Pues la voz de la Iglesia es la voz de Dios; en este concepto la dominación de la Iglesia es la causa de Dios; ¿y quién se atreverá á dudar entre Dios y los intereses terrestres? Tales son los sofismas con que el clero francés fanatizó á los católicos de Francia en el siglo XVI, y sus excitaciones tuvieron demasiado eco. La religión lo domina todo, dice uno de los más fogosos ligeros, Luis de Orleans: «Es de tanto peso, que debe vencer todas las consi-

(1) RANKE, *französische Geschichte*, t. I, p. 513 nota.

(2) Véanse los testimonios en POIRSON, *Historia de Enrique IV*, t. I, p. 133-136.

(3) *La Súplica de los muy humildes y muy obedientes clero, clase media, comerciantes y pueblo bajo de la villa, ciudad y universidad de París, preservados y guardados por la gracia especial de Dios hasta hoy, del ponzoñoso y mortífero veneno luterano*, al Rey Felipe II, de 1561. En la Biblioteca imperial se encuentra una copia (SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. I, p. 409).

deraciones humanas. Los reyes, los príncipes, los bienes de este mundo no son nada para nosotros.....» (1). El famoso *Boucher* nos dirá lo que es un buen frances en el sentido católico: «Es el que lo resuelve todo por el nivel de la religion, áun cuando fuera la ley sálica, la ley fundamental para tener un rey ortodoxo, á fin de exterminar á los hugonotes.» ¿Qué importa que el rey católico sea extranjero, enemigo? La Sagrada Escritura nos manda respetar más á un príncipe extranjero católico que á un príncipe nacional hereje» (2).

Esta es la moral política que *Boucher* predicaba al pueblo, y las mismas predicaciones se veían en todos los pulpitos. En nombre de la religion abrazaba el clero el partido de España, mejor diríamos, se vendía á España, porque los curas de París, que se deshacían en invectivas contra la monarquía legítima, recibían sueldo de Felipe II; ellos mismos lo confesaban (3). El oro español y las pasiones religiosas extraviaron al clero de la Liga hasta el punto de olvidar el primer deber que Jesucristo predica á sus discípulos, la obediencia á la autoridad, deber que los Apóstoles cumplieron áun respecto de los emperadores paganos. *Bossuet* ha hecho esta imputacion al catolicismo ultramontano (4). Cuando se entabló la lucha entre un príncipe cuya memoria es cara á la Francia, y un rey á quien la Historia ha calificado de demonio, el clero de la Liga se declaró por Felipe II contra Enrique IV. Esto no se tramaba á la sombra, no se ruborizaban de estas malas pasiones; se hacía gala de ellas en el púlpito (5) se ostentaban como

(1) Advertencias de los católicos ingleses á los católicos franceses (*Archivos curiosos de la historia de Francia*, primera serie, t. XI, p. 132).

(2) *BOUCHER*, de la simulada conversion de Enrique de Borbon, p. 595, 474.

(3) En el *Anti-Español*, obra del nieto de L'HOSPITAL, se lee: «Los curas están deslumbrados con su oro.» (*Memorias de la Liga*, t. IV, p. 212.) «¿No reciben pension del rey de España muchos hombres de bien? dice el cura de Saint-Germain-l'Auxerrois. No se me ha ofrecido nunca, exclamaba el cura de San Andrés de los Arcos, ¿pero qué dificultad hay en ello?» (L'ESTOILE, *Diario*, en PETITOT, XLVI, 356.)

(4) *BOSSUET*, *Defensio declarationis*, III, 28: «*Hispanicis artibus, imo hispanico auro corrupti, ad hanc Ligæ furoribus dementati, Hispanos se esse quam Francos malebant.*»

(5) *Diario de L'ESTOILE* (PETITOT, t. XLVI, p. 387): «El cura de San Andrés de los Arcos dice: «que áun cuando él sea Frances, sin embargo, prefiere un extranjero católico para rey á un Frances hereje; que lo que habia dicho tantas

una virtud. «Se nos acusa de ser españoles, dice uno de los Diez y seis; si; más queremos ser españoles que hugonotes. No hay nombre que lleve consigo y comprenda tantos crímenes, tantos vicios y tantas suciedades é impurezas como el nombre de un hereje; y ántes que tener un príncipe hugonote, iríamos á buscar, no solamente un español, sino un tártaro, un moscovita, ó algun escita que fuese católico» (1).

Hasta el celo ciego por la religion tiene algo de grande cuando es puro y desinteresado. Pero ¿qué pensar de esos clamores furibundos, cuando se sabe que eran comprados y que el oro del Perú era el que inspiraba á los campeones de la fe? Los jefes del partido católico eran dignos de aquel clero mercenario. Los que acusan de ambicion á los Coligny y á los Condé, olvidan que los ligeros tenían á su cabeza los Guisa, raza intrigante y ambiciosa por excelencia. Tenemos una carta del duque de Alba á Felipe II, de 1567, que nos revela las criminales relaciones entabladas ya en aquella época por el cardenal de Lorena con España: el cardenal llegó hasta ofrecer al duque de Alba ponerle en posesion de várias plazas fuertes. Esta primera traicion no era más que un medio para llegar á un fin más culpable, un cambio de dinastía: «Muriendo el rey de Francia y sus hermanos, dice el duque de Alba, se podría, como propone el cardenal, reivindicar la corona para Vuestra Majestad, por razon del derecho de la reina nuestra señora. En cuanto á la ley sálica de que se habla, es una bagatela; las armas allanarian las dificultades que opone» (2). ¿Era el celo religioso el que movía á los Guisa á poner la corona de Francia á los piés del rey de España? Al mismo cardenal de Lorena le vemos parlamentar con los príncipes luteranos y demostrar gran admiracion hácia la confesion de Augsburgo! (3).

veces, lo repetía muy alto, á fin de que no se echase en olvido y que lo dijese atrevidamente donde quisieran.»

(1) Advertencias de los católicos ingleses á los católicos franceses (*Archivos curiosos*, I, II, p. 97).

(2) *GACHARD*, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, p. 593.

(3) *DUPLESSIS-MORNAY* dice (*Memorias de la Liga*, t. I, p. 81): «El cardenal de Lorraine, mientras ponía fuego á los cuatro costados del reino, animado por aquel pretendido celo de la religion, declaraba á los príncipes de la Alemania que era de su confesion y que quería introducirla en Francia.»

La religion de los Guisa consistia en una codicia insaciable encubierta con el manto de la religion; halagaban el fanatismo quemando sectarios, y luego se burlaban de la religion y vivian como ateos y epicúreos. Esta acusacion procede, es verdad, de los hugonotes, pero se halla reproducida por el *grave de Thou* (1). Escuchemos tambien á un contemporáneo: «Los Guisa hacian una guerra implacable á los herejes en nombre de la religion y en honor de Dios, y no habia mayores blasfemadores y sacrílegos que los Guisa» (2).

Esto no quiere decir que todo el partido de los ligueros se compusiera de hipócritas y que la religion no haya sido para ellos más que un pretexto: sin embargo, creemos que en las filas de la Iglesia habia más intereses políticos que en las filas de la Reforma. El catolicismo se confundia en cierto modo con la dominacion del mundo, y todos los que dirigian la lucha participaban de esta ambicion, lo mismo Felipe II que los Guisa. Donde la religion no era una máscara, al ménos servia de instrumento (3). Esto mismo prueba el poder del elemento religioso en el siglo XVI. Un contemporáneo, magistrado católico, pero ajeno á la Liga, lo hace observar: «Los pueblos son los que han producido la Liga, y en ellos estaba la sustancia y materia de ésta. Los príncipes loreneses no eran más que los accesorios, tanto más cuanto que la fuerza consistia en la religion abrazada y profesada por los católicos de buen corazon y sin fingimientos» (4).

En definitiva, las pasiones religiosas dominaban en ambos campos. Por esto damos poca importancia á las reconveniones que recíprocamente se hacen de haber dado comienzo á las hostilidades. Ya lo hemos dicho: con los sentimientos que animaban á la Iglesia y á los reformados, la lucha era inevitable. Sin embargo, la

(1) *Memorias de CONDÉ*, t. I, p. 516, 523.—*DE THOU*, libro XXII.

(2) *Archivos curiosos*, primera serie, t. XII, p. 342.

(3) PASQUIER, *Cartas*, XII, 8.—Sixto V, que no gustaba de la Liga, dice al Duque de Nevers, uno de sus jefes: «Yo estoy persuadido de que de todos aquellos que gritan tanto contra los herejes, no hay ni uno que tenga simplemente la gloria de Dios y la verdadera fe por fin de sus empresas. No se piensa en ser mejor cristiano, se trabaja por ser mayor señor.» (*Memorias de NEVERS*, t. I, página 673.)

(4) *Archivos curiosos*, primera serie, t. XIV, p. 41.

verdad histórica nos obliga á añadir que las pasiones católicas provocaron las guerras civiles. ¿Cual es el acontecimiento fatal, ocasion de que los hugonotes tomaran las armas? La matanza de Vassy. Que haya sido premeditada ó no, importa mucho para la culpabilidad del duque de Guisa, pero poco para la cuestion que nos ocupa. Los contemporáneos están acordes en que las matanzas de Vassy fueron como una chispa eléctrica que recorrió la Francia y que levantó á los hugonotes como por encanto. No hubo para esto ningun cálculo, ningun concierto; lo afirma un testigo ocular y respetable, y *La Noue* añade que las ejecuciones de Vassy movieron á armarse á la nobleza (1). El imparcial *de Thou*, á quien los católicos no pueden echar en cara más que sus sentimientos de tolerancia, confirma este hecho: «Todas las personas prudentes, dice, miraron aquel accidente como la ocasion y principio de una insurreccion, y como una declaracion que habia autorizado á los facciosos para tomar las armas» (2).

Pero, repetimos, poco importa saber quién ha sido el primero. Las guerras civiles de Francia no son más que una fase de la lucha que ha nacido de la Reforma. No son intereses políticos los que las provocaron; no son pasiones políticas las que las sostuvieron; fué la incompatibilidad de ambas confesiones, la imposibilidad de la tolerancia á causa de las preocupaciones cristianas. La política no influyó sino cuando la influencia de la religion fué disminuyendo: cuando la lucha tocaba á su fin, en la primera mitad del siglo XVII, los hugonotes llegaron á ser un partido, una faccion; pero tambien entonces cesó la guerra. Mientras duró, dominaban las pasiones religiosas; y ¿quién ha encendido estas pasiones? La Iglesia. Ella, pues, su intolerancia, es la responsable de la sangre derramada. Pero este crimen no se refie-

(1) *LA NOUE*, *Discursos políticos y militares*.

(2) *DE THOU*, lib. XXIX.—Breve discurso á Felipe II, en las *Memorias de CONDÉ*, t. V, p. 401: «Yo creo que no hay hombre tan ignorante que no sepa que las muertes dadas en Wassy por Mr. de Guisa contra las ordenanzas del rey y de los Estados ha sido la verdadera y única causa de las guerras civiles que se han seguido.»—*DE BÉZE*, *Historia eclesiástica*, lib. IV, (t. I, p. 728): «La matanza de Wassy puede y debe considerarse como el primer principio de las guerras civiles que se han seguido y de todos los males que han venido y vengán á toda la cristiandad.»